



Fundamentos en Humanidades

ISSN: 1515-4467

fundamen@unsl.edu.ar

Universidad Nacional de San Luis
Argentina

Fouce José, Guillermo
Frente a la posmodernidad
Fundamentos en Humanidades, vol. I, núm. 2, diciembre, 2000, pp. 55-77
Universidad Nacional de San Luis
San Luis, Argentina

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=18400206>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica
Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

Frente a la posmodernidad

José Guillermo Fouce*
Universidad Complutense de Madrid
e-mail: guiller@correo.cop.es

Resumen

Con el presente trabajo se pretende, por una parte, recoger los principales rasgos o principios básicos epistemológicos contemporáneos caracterizados por la posmodernidad, por otra, posicionarse críticamente ante los mismos. Para cumplir estos objetivos se parte de una breve revisión epistemológica a través de las aportaciones en la historia del conocimiento. Todo lo cual viene motivado tanto por la convicción de que no es ya posible ignorar el "diluvio" postmoderno, como por la convicción de que necesitamos previamente a desarrollar nuestra labor investigadora posicionarnos y plantearnos los aspectos aquí recogidos.

Abstract

In the first place, it is intended in this work to analyze the main features or basic contemporary epistemological principles characterized by post-modernism and on the other hand to take criticals self - position in accordance with the topic mentioned. To carry out these objectives we began with a brief epistemological revision through the contributions in knowledge history. All of this is motivated by two convictions:

- It is not possible to know the post-modernism ' deluge' .
- We need previously to develop our researching work, to take a self - position and to analyze the aspects considered in this paper.

Introducción

Este artículo, parte de la convicción de que cualquier investigación y cualquier investigador que se desarrolle en nuestros tiempos deben comenzar planteándose la cuestión epistemológica; no es posible seguir ignorando el diluvio crítico epistemológico, que, a partir de la corriente postmoderna, esta cayendo sobre las viejas formas de hacer ciencia.

Creo que todo investigador debe confrontarse con este tipo de cuestiones transcendentales en la tarea investigadora. Si uno no parte de plantearse qué puede conocer y cómo y por qué puede hacerlo, entonces, el resto de cuestiones que en su trabajo futuro como científico aborde serán construidas bajo una falta de reflexión con respecto a los fundamentos esenciales de su quehacer.

Trataremos, pues, por tratar de situarnos ante una serie de preguntas claves sobre la validez, alcance y naturaleza de lo que podemos conocer.

* Becario de Investigación del departamento de Psicología Social de la Universidad Complutense de Madrid.

Desarrollaremos, en primer lugar, una breve exposición de la evolución histórica de los fundamentos epistemológicos, siguiendo a Burillo (1998, 1999, 2000); posteriormente, situaremos el presente trabajo en dicha evolución histórica y extraeremos una serie de consecuencias prácticas para la investigación.

Desarrollo histórico de los fundamentos epistemológicos

Recorrer brevemente los planteamientos epistemológicos a lo largo de la historia, nos lleva, ineludiblemente, a iniciar el mismo en Grecia, cuna de la civilización occidental, donde surgirán los primeros sistemas de conocimiento, los cuales, estaban influidos por lo religioso, por lo divino, pero comenzaban a establecer que el mundo era algo con homogeneidad, hecho de un principio, hecho de algo, de materia; encontramos, además, entre otras muchas cosas, las raíces del idealismo o del racionalismo.

Para los primeros, la realidad es inmutable, única, el movimiento, el cambio, es pura apariencia de la que no se puede hacer ciencia, se plantean el conocimiento, el pensamiento y la razón de espaldas a la realidad y creen en el origen divino de los mismos, el saber auténtico esta en las ideas, las cosas son solo apariencia.

Para los segundos, todo cambia, todo transcurre de acuerdo a una razón, unas reglas, un orden, y hay que fiarse de lo que podemos ver, que es lo único que existe; los que están dormidos se crean su propio mundo, se vuelven hacia sí mismos (los idealistas); éstos serán los planteamientos iniciadores de la racionalidad científica, partiendo de la consideración de que todos los hombres tienen por naturaleza el saber y confían en los sentidos como los únicos instrumentos válidos para el conocimiento.

Ambas líneas de pensamiento convergen en plantear que los hombres somos capaces de conocer la realidad, el cosmos, mediante un conocimiento universal, necesario, algorítmico, lógico, reglado, objetivo (por ser algorítmico) y explicado por causas, desarrollando el canon de las ciencias que permanecerá, y permanece vigente, al menos en parte, en la actualidad y qué, por tanto, ha perdurado y permanecido muchos siglos después.

De los griegos obtuvimos, pues, la creencia que los hombres podemos elaborar un discurso racional- científico universal, necesario, reglado, objetivo y divino en última instancia, que despoja al sujeto de su psicología, de su subjetividad, de sus propios intereses y valores, para poder transportarle al conocimiento real, libre de valores, libre de influencias individuales.

Estas ideas, se verán posteriormente, y a lo largo de una amplia historia ampliadas y consolidadas en sus fundamentos (con aportaciones como las desarrolladas por Bacon, Galileo, Hobbes o Descartes) y plantearán, entre otras cuestiones:

1. La necesidad de priorizar la epistemología (el pensar, el conocer) frente a la ontología (el ser), el objeto, por encima del sujeto. Desde la duda metódica a la certeza de la realidad existente.
2. La necesidad de obtener un método, un camino, un procedimiento, unas reglas universales que permitan alcanzar la verdad, que se logra mediante el esfuerzo.
3. La duda y las reglas me llevan a un estado psicológico de certeza (subjetivo: estar seguro de que algo es verdadero) distinto de la verdad en sí (objetiva: del saber).
4. En última instancia, la verdad, el conocimiento, estarán garantizados por Dios.

Podemos concluir que, ya en el siglo XVIII, con estas diversas aportaciones construidas a partir de los sólidos cimientos de los griegos, se constituye una gran leyenda, relato o narración constitutivo de la ciencia moderna, con las siguientes características básicas:

1. La ciencia es una empresa teológico- humana que persigue fines nobles (la verdad con mayúsculas), los científicos son héroes ejemplares, admirables.
2. Estos nobles y ejemplares hombres, descubren la verdad, no la construyen.
3. Esa verdad se construye por un método (no subjetivo, transcendental, universal).
4. La ciencia es acumulativa, produce progreso: optimismo ilustrado (creencia en la capacidad de la ciencia para progresar).

La ciencia se convertirá, así, en un ideal que girará en torno a la posibilidad de obtener un conocimiento teórico, objetivo, universal y sistemático de la realidad.

Esta concepción, claramente histórica, este discurso de la ciencia dominante, sufrirá, a partir de entonces, sucesivas críticas que lo limitarán y relativizarán utilizando elementos que se extraen del terreno histórico, social - político, y lo psicológico.

Es en el siglo XIX, cuando surgen las denominadas ciencias sociales (en un contexto, no hay que olvidarlo, revolucionario, tanto en lo político, como en lo económico y en lo científico) cuando se produce la sociologización de los planteamientos científico racionalistas, a partir de la irrupción de la sociología del conocimiento.

Los primeros antecedentes de este fenómeno se pueden encontrar en Maquiavelo que, en su clásico trabajo sobre las artes de la política, señalará los distintos lenguajes a emplear para conquistar el poder. A su vez en Montesquieu que en sus "Cartas Persas", hablará de la radical diversidad humana, del multiculturalismo y señalará que la visión de la realidad depende de la posición social de los sujetos, posición que, dependerá del lugar que cada sujeto ocupe en la división del trabajo (lo que supone un antecedente claro de las visiones posteriores de Marx o Durkheim), señalando que las ideas se generan socialmente.

Posteriormente, Marx continuará esta línea de pensamiento, desde su planteamiento clásico de que es la infraestructura material lo que determina el

resto (la estructura política, la jurídica y la superestructura o las formas de conciencia social o ideología), así, los intereses económicos y de clase perturbarían a la razón y la ciencia, nunca libre de los mismos.

Durkheim, señalará que la ciencia es un caso particular de un concepto más amplio: los sistemas de representación de la sociedad, que son de dos tipos: el individual o cotidiano y el colectivo o social (con una función de imposición sobre el sujeto). La ciencia, no es más que un sistema de representaciones colectivas de una sociedad determinada, un sistema de representaciones del mundo, objetivos por ser intersubjetivos, pero limitados en su contexto temporo - espacial.

Ortega y Gasset o Manheim serán los defensores del perspectivismo: la verdad varía de edad en edad, de raza en raza, de sujeto a sujeto. El conocimiento, la verdad, depende de la perspectiva con la que el sujeto analice la realidad.

Incluso Weber, acérrimo defensor de la eliminación de los juicios de valor de las ciencias sociales, aceptará al final de su vida, que son los valores históricos y subjetivos (personales, individuales, psicológicos) los que determinan lo que vamos a estudiar, decisión que queda excluida de un análisis racional, con lo que sitúa en el inicio del conocimiento un juicio de valor: tratar de ser objetivo en la vida, se convierte pues, en un juicio de valor.

Una segunda ola crítica con respecto a los planteamientos racionales vendrá representada por Freud y su incorporación al análisis epistemológico del inconsciente, estableciendo una nueva ola de sospecha hacia la ciencia positiva.

Otra gran fuente de crítica podemos encontrarla en el siglo XX, a través de las aportaciones de Wittgenstein, Kuhn y Popper.

El primer Wittgenstein, nos señalará que todos los problemas de la filosofía se producen por el lenguaje: “el lenguaje disfraza el pensamiento”, “los límites del lenguaje son los límites del mundo”, “todas las proposiciones tienen igual valor”. Señalará, que no hay reglas transcendentales (por encima del sujeto), y sólo existen reglas inmanentes, es decir, convencionalismos acordados. El mundo existe independientemente de mí, si quiero hablar de él, tengo que representarlo y lo hago por medio del lenguaje, caso contrario, sería imposible; plantea, por tanto, una visión representacionista del lenguaje, éste, es una copia de la realidad, dándose una copia isomórfica entre el lenguaje y el mundo.

El segundo Wittgenstein, a partir de ciertos fenómenos lingüísticos ambiguos (como la sinonimia) pondrá en duda que la inmensa mayoría de las cosas puedan ser dichas a través del lenguaje, señalando que es el todo el que da sentido a las partes y no al revés. Todo parte de lo que acordemos, la verdad de una proposición, es lo que los hombres dicen y no una relación entre el mundo y el sujeto (individual o colectivo), la verdad es, por tanto, intersubjetiva, ya no está fuera y debe ser descubierta por el sujeto, el lenguaje no es representativo sino pragmático, se usa. Hablar un lenguaje, es hablar de una forma de vida, es utilizar un determinado juego de lenguaje.

Profundizando en esta metáfora de los juegos del lenguaje (Burillo, 1999), podemos llegar a plantearnos que al hacer ciencia es necesario delimitar que uso o juego de lenguaje estamos empleando en cada momento, debemos establecer reglas convencionales, pero no arbitrarias, con los jugadores (o científicos) de nuestro nivel para ser capaces de entendernos, sin existir reglas universales para todos los juegos, para toda la ciencia. Es, la comparación de la ciencia con un juego (con competiciones, trofeos, castigos, reglas, campos de juego, reclutamiento, entrenamiento, socialización, sistemas de puntuación, fama, medallas, historiadores, fichajes, movilidad...).

Unos sujetos podrán, por su posición emplear uno u otro juego de lenguaje más que otros, adquirirán lenguajes concretos en función de su contexto social, de sus condiciones de vida, de su ambiente y unos juegos de lenguaje se impondrán a otros, no por su verosimilitud, sino por su poder.

Posteriormente Khun, introducirá la célebre noción de paradigma científico y nos hablará de la ciencia y su desarrollo a través de revoluciones científicas, planteando así, una historia de la ciencia que pasa de ser acumulativa a discontinua, en la que diversos paradigmas se suceden cuando las anomalías no explicadas por el paradigma dominante en una determinada época se hacen tan numerosas que éste entra en crisis hasta que es sustituido por uno nuevo, y así sucesivamente en un proceso recursivo.

Popper nos hablará de que sólo podemos estar seguros de que algo es falso, pero no de que sea verdadero, un solo caso de desconfirmación es suficiente para eliminar la certeza (principio de falsación). La incertidumbre irrumpe con fuerza en el mundo científico.

Con todos estos planteamientos críticos y relativizadores, la ciencia ya no es algo sagrado, sino un objeto construido por los hombres. Se abren las puertas a la inseguridad, la objetividad ha probado ser un ídolo, la actividad científica lleva inevitablemente a que toda afirmación científica sea provisional para siempre. Pueden corroborarse los enunciados, pero toda prueba es relativa a otros enunciados que son, a su vez, provisionales (Moreno, 1995).

Todo lo cual nos sitúa en una actualidad epistemológica en la que podemos encontrar (según Burillo, 1999, 2000), simplificando, tres grandes corrientes:

1. La derivada del marxismo: la sociología del conocimiento. Científicos y sus juegos de lenguaje, estudiando las interacciones entre los científicos.
2. La positivista (que debe ser consciente de sus límites y no tachar al resto de alternativas, de meras palabrerías, ni creerse en posesión de la única y genuina verdad).
3. La Hermenéutica o interpretación. Presente, aunque sofocada, en toda la historia de la Humanidad, desde Grecia (Munne, 1999), basada en discursos no socialmente dominantes pero existentes y que se centraban en lo oscuro, lo no aprensible por lo racional. En la base del postmodernismo aunque no todo lo postmoderno será hermenéutica, sino que será este un concepto de más extensión.

La postmodernidad: rasgos fundamentales

En primer lugar, cabría decir que la postmodernidad surge y se constituye como oposición a la modernidad rechazada y negada: modernidad filosófica (la visión realista y representacionista de la ciencia) y modernidad sociológica (industrialización, urbanización, capitalismo, división del trabajo, dominación de la técnica y el individualismo, consumo, medios de comunicación de masas).

“Hablamos de postmoderno porque consideramos que, en algún aspecto suyo esencial, la modernidad ha concluido” (Vattimo, 1990:9); sin embargo, los postmodernos consideran falsa la idea de progreso y, por tanto, no se postulan a sí mismos como superadores de la modernidad, simplemente aparecen después de ella (González, 1991).

Cabe recordar, para empezar, que ya desde los años 20, además de las críticas y el malestar que se desarrolla en el seno de la ciencia pueden, también, recapitularse y recogerse diversas manifestaciones sociales de insatisfacción con el mundo de la modernidad en sus vertientes sociales, culturales y políticas; un mundo vivido por muchos como con vacío espiritual, sin sentido, siendo el romanticismo una de las primeras reacciones antimodernas, reacción que planteaba la vuelta al pasado, luego los *hippies*, la revuelta de mayo del 68, el movimiento ecologista... movimientos todos, muy diferentes entre sí, pero que tienen en común el rechazo a la modernidad; sin embargo, puede decirse que, aunque otros precedieron a los postmodernos en la desilusión con la modernidad, éstos convierten el desencanto en “epidemia generalizada”.

En lo que respecta a la epistemología, la postmodernidad supone, también, la consagración de todo un proceso crítico con respecto a la forma moderna o positivista de concebir la tarea investigadora: así lo señala Munné (1999) (como hemos visto más extensamente en la exposición previa), se ha desarrollado todo un proceso de desnaturalización, abstracción, generalización, de simplificación de la realidad, de adornar la naturaleza para evitar la ambigüedad, adornos, desnaturalizaciones y razones: ciencia.

La ciencia positiva se ha desarrollado buscando principios fuera de la realidad que expliquen a ésta, bajo la creencia de que el mundo puede ser comprendido. Primero se simplificaba la realidad, centrándose en lo ordenado (lo no ordenado se cambiaba o se destruía, el desorden se abandonaba, lo imperfecto era irrelevante y opuesto a la verdad y, por tanto, necesariamente excluido).

Lyotard, uno de los autores clásicos de la postmodernidad al elaborar su informe *La condición postmoderna* por encargo del gobierno canadiense señalará que la postmodernidad niega la existencia de reglas de conocimiento, sólo hay procesos sociales, negociación, la verdad es fruto del consenso, la alcanzan los sujetos y siempre esta sujeta a límites. Todo lo cual coincide con los planteamientos ya revisados del segundo Wittgenstein (Burillo, 2000).

Si bien la postmodernidad “no es susceptible de una definición clara y, menos todavía de una teoría acabada”, puede decirse de la misma que es “una especie de talante, de nuevo tono vital” (González 1991:155).

Aunque resultaría muy poco postmoderno tratar de definir o delimitar qué es lo postmoderno, lo mismo resulta necesario para una comprensión adecuada del momento epistemológico que hoy vivimos. Siguiendo a Burillo (1998, 1999, 2000), González, (1991), Moreno, (1995) y Munné (1999) vamos a tratar de recuperar los rasgos básicos de la postmodernidad:

1. Disolución de la noción de fundamento. Fin de la metafísica. La base esta necesariamente en lo lingüístico. Abandono de la ciencia que se apoya en hechos observables.
2. La verdad sí que puede seguir usándose como acuerdo intersubjetivo contingente pero no sobre el mundo sino prescindiendo del mundo: todos los discursos son equivalentes, se puede decir lo que se quiera decir.
3. Pérdida de sentido del todo, de los grandes relatos (la emancipación y el progreso de la especie humana, la ciencia, la historia como motor, sentido y fin). Toda afirmación universalista queda desacreditada (pensamiento débil, incertidumbre, resurgir de los localismos y nacionalismos). La historia, por ejemplo, sólo existiría en los libros de texto y habría sido inventada por los historiadores, sólo hay múltiples narraciones, la historia se desprende de su duración y se enrolla en un permanente presente, los grandes relatos mueren, el fragmento los sustituye. Lyotard, por ejemplo, señala que *“simplificando al máximo se tiene por postmoderna la incredulidad a los meta relatos”* (1984:109 ctd. Moreno, 1995:317) no hay criterios únicos de validez, sino sólo criterios locales y contextuales, los consensos son imposibles.
4. La sociedad, se concibe como escenario de luchas discursivas, de textos. El lenguaje dice lenguaje, de unas palabras e interpretaciones a otras, nunca se sale de ahí. La comunicación es caótica, fragmentada, el mundo mismo también se disuelve en fragmentos, lo real deja de tener sentido, se convierte en fábula. Con esta fragmentación del lenguaje, distintos lenguajes se liberan, estamos en un mundo de dialectos, en un mundo de valores diversos, las diferencias se liberan y los que no tenían voz pueden hablar.
5. La interpretación se encontrará en el centro, interpretación que será siempre de un texto, que debe ser coloreado; así, las palabras y el texto (una foto, un cuadro, una obra musical...) sólo adquieren sentido dentro de un contexto y no existiría una interpretación unívoca. No obstante, dentro de esta concepción general cabría una versión fuerte (vale cualquier cosa porque “me da la gana” o me lo parece) y una débil (el texto tiene sus derechos y exigencias, hay que interpretarlo pero el texto, como tal, existe, y debe ser respetado).
6. Relativismo y pluralismo. Revalorización de lo minoritario, lo mayoritario se pone bajo sospecha. La ética ha muerto, no hay imperativos categóricos posibles, el principio de placer lo domina todo, desaparecen las barreras, nada está prohibido, hay que ser feliz, eso es lo importante.
7. Si la modernidad consagró el texto, como práctica escrita, ahora se reivindicará la palabra oral, lo escrito esta muerto, no puede defenderse. Incluso se habla del paso del valor de la palabra al valor de la imagen.
8. Relevancia de la hiperrealidad, de la realidad virtual donde podemos enmarcar la célebre frase de Baudrillard de que la *“guerra del golfo, no existió, fue una hiper realidad”*.
9. Disolución de fronteras entre disciplinas. La realidad no es parcelable. Se disuelven las diferencias entre la verdad, la bondad y el arte como tres

grandes categorías clásicas. Pérdida de peso, de prestigio del intelectual y el pensador

10. La realidad objetiva según la postmodernidad es una construcción discursiva, no hay un conocimiento directo del mundo; del mundo hablamos convencionalmente (lo que no es lo mismo que arbitrariamente señalará este autor). Todo es práctica social, construcción.
11. La postmodernidad es una consecuencia de la democracia, de tomarse en serio al sujeto, de concederle libertad y pensamiento.
12. Nihilismo sin tragedia. No hay lágrimas en el entierro múltiple de la razón, el progreso, la modernidad o las grandes doctrinas o valores, el pensamiento débil es bueno y positivo ya que tratar de buscar un sentido único y total para la vida conlleva el riesgo de apostar por “todo o nada”, sin embargo, el que poco apuesta, poco pierde; por otra parte, las grandes cosmovisiones enterradas son potencialmente totalizadoras, tratando de ganar adeptos, sin embargo, el que piensa débil es necesariamente tolerante.
13. Reflexividad. Las ciencias sociales son, sobre todo, conciencia de la materia, la materia haciéndose consciente, lo que llevaría a los investigadores al desarrollo de la profecía autocumplida.
14. Pérdida de legitimación y deslegitimación de las instituciones y lo público. El Estado pierde prestigio y atributos, igual que la familia o la iglesia.
15. Sin historia, sin referentes, no hay obligaciones, el futuro es inexistente, no hay tampoco deudas con el pasado, tan sólo existe el presente, ni raíces, ni proyectos. Las personas erramos por siempre, sin fin, ni objetivo alguno, lo cual, por otra parte, es visto como positivo y se constituye en una ocasión para la realización humana, eso sí, asumiendo que sólo existe y cuenta el presente, es la vuelta al *carpe diem*, al presentismo. Con las grandes teorías y doctrinas enterradas de la mano de la razón, sólo queda la posibilidad de lo débil o lo *light*, de lo fragmentario: “yo ahora y aquí, digo esto”.
16. Individualismo psicologista y hedonista: vivir lo mejor posible, a la carta, sin represión ni identidades adscritas, con elevadas dosis de tolerancia (más bien ambigüedad) ante eventos contrarios. El hedonismo vuelve al centro (antes Prometeo identificaba a los modernos, ahora a partir de constatar que Prometeo era, más bien, Sisífo se postula a Narciso como el nuevo prototipo de héroe con el que identificarse); hay que disfrutar de la vida sin empeñarse en emprender viajes históricos hacia tierras prometidas inexistentes, sólo cabe refugiarse en uno mismo, es el tiempo del yo y del intimismo, de la ausencia de ideales. Con la muerte de la razón, se pasa del *homo sapiens* al *homo sentimentalís*, el sentimiento esta por encima de la razón, es, el “siento, luego existo”; la sensibilidad, la subjetividad sustituyen a la razón, no se debe, ni se puede, pensar.
17. El individuo aparece fragmentado. El sujeto, no guiado por ningún principio sigue lógicas múltiples y contrarias entre sí, no está integrado, no es coherente, cada uno elabora “a la carta” los elementos que le sirven, tomando de acá y de allá, según le parece, sin preocuparse por la coherencia; se prueba y se cambia rápidamente, nada sorprende, todo vale, no hay porque aferrarse a nada demasiado tiempo. El placer es breve y puntual, el sexo frío, las relaciones superficiales y no duraderas, además, no son excluyentes o no tienen por qué serlo.
18. Indiferencia con rostro de tolerancia. Sin la razón no se puede llegar a ningún consenso social, cabe todo, todo tiene su público, incluso las mayores extravagancias, tampoco existe, ni es posible, la verdad, ni la

justicia, sólo hay infinitas micro colectividades heterogéneas entre sí, el fragmento es elogiado y constituido como el principal elemento. El bien común no existe. Hay que vivir y dejar vivir, más que guiados por la tolerancia guiados por la indiferencia.

19. El retorno de los brujos, de la magia y de una religión light, a la carta, hecha de mezcla de principios de aquí y de allá sin preocuparse por la convivencia entre elementos incoherentes. Es, el *boom* del esoterismo y las ciencias ocultas, en un comercio que aumenta sin cesar, es, el surgimiento de sectas destructivas, de mitos y manías... de no creer en Dios parece pasarse a creer en todo.

En resumen, los elementos claves de la postmodernidad serían: el descreimiento absoluto (no creer en nada ni en nadie, ni en convicciones, ni políticas, ni religiosas, ni morales), la incertidumbre como categoría epistemológica general, la complejidad y el desencanto.

Así cabe afirmar que

“sintetizando, la postmodernidad señala el carácter obsoleto y ambivalente de la ciencia positiva que, ya no sirve, el fin del progreso (y en este sentido el fin de la historia, uno de los pocos universales que todavía quedaban vivos de la modernidad) y el desprecio por la tecnología” (Munné, 1999: 20).

Así, frente al modernismo que prioriza las palabras sobre las imágenes, el postmodernismo priorizará la sensibilidad visual, frente a la creencia en la existencia de realidades substanciales, se valorará ahora, la forma más que los contenidos. Ante una visión racionalista o progresiva de la cultura, se planteará el mismo valor de lo de hoy que lo anterior, frente a la necesaria distancia de la realidad que debe asumir el espectador, el sumergirse en la realidad; frente a convencer, argumentar o vencer, seducir, insinuar, confundir, no identificar, frente a los límites entre disciplinas, la disolución de los mismos. En resumen, frente a la racionalidad y la seguridad, la incertidumbre asimilada que ya se encuentra, de por sí, instalada en el sujeto.

Posicionamiento epistemológico

Expondremos ahora, el planteamiento personal ante estas cuestiones.

Este posicionamiento, se desarrollará desde un planteamiento dialéctico, así, se tratará de situar lo que se comparte y en lo que se difiere de la postmodernidad, considerada como contexto epistémico de la investigación actual.

En primer lugar, cabe significar que la postmodernidad parece haberse ido al otro extremo del péndulo, desvalorizando por completo los elementos de la modernidad, la postmodernidad es una reacción unilateral y radical contra la modernidad, y, como todo extremo, parece excederse en sus planteamientos; de nada sirve, por ejemplo, sustituir la tiranía de la razón por la del sentimiento.

Si sólo hay palabras, todas con igual sentido y valor ¿daría igual escuchar a un futurólogo que a un analista político o ir al médico cuando se está enfermo que al curandero, tendría el mismo valor el análisis informado, que el mero

sentimiento subjetivo? ¿si la realidad no existe como tal y es mera interpretación, qué podemos conocer? ¿porqué, entonces, no valdría incluso hablar de Dios o de fuerzas ocultas, si, al fin y al cabo, sería un juego más del lenguaje como todos los demás relativos?.

Lo dicho, invita a una reflexión profunda de cómo hacer ciencia, de cómo investigar, de cuál es el valor de lo que investigamos, de los postulados que planteamos, enmarca, además, variables relevantes a considerar, nos apea de la peana casi divina de la cientificidad transcendental objetiva e inmutable, nos sitúa en la duda, en la consideración del ambiente, de lo cualitativo, de lo subjetivo, de los valores y el poder, de la infraestructura económica, del contexto social, de las luchas de poder, de la existencia de, tan sólo, certezas plausibles.

Pero, también, cabe decirse que lo mismo, tiene sus límites cuestionadores en el horizonte de la validez de investigar y profundizar en el conocimiento a partir de juegos de lenguaje que consideren la realidad y la estructuren ordenadamente, sacando consecuencias para seguir adelante.

Frente a la postmodernidad

Para empezar, cabe señalar que la postmodernidad es irresponsable en sus excesos, legitima la opresión y la exclusión, dejando en pie al único discurso fuerte que aún queda: el del liberalismo a ultranza o neo liberalismo (en su vertiente o interpretación más extendida, en que la economía es el centro y único eje vertebrador) que, al menos en parte, se construye a partir de la constatación postmoderna de que no podemos establecer ningún principio regulador en un mundo fragmentado; así, la intervención estatal en la economía es imposible e inútil pues nadie puede predecir o saber que ocurrirá, la política queda negada: es imposible (Huerta de Soto, 1998).

Este mismo autor desde este liberalismo económico radical afirmará siguiendo los postulados de la escuela de Hayek, la falsedad de los esquemas que se establecen tratando de identificar causas y consecuencias generales, para centrarse en el hombre como sujeto creativo, empresario; él, es el único principio posible en el desarrollo de la ciencia, lo que imposibilita la predicción, la ciencia y, especialmente, el socialismo y la intervención política en la economía; la recuperación del sujeto epistemológico que postula la postmodernidad es utilizada aquí para situar al sujeto en el centro como empresario y creador; cada sujeto es propietario de su propio yo y, por tanto, lo que uno crea de la nada es de él, tiene derecho a ello y nadie puede plantear que lo reparta o que lo restrinja, entre otras cosas porque estaría violando un principio ético fundamental: la libertad, pero, también, porque se da la imposibilidad de utilizar óptimamente los recursos públicos, pues es imposible conocer y predecir causas y consecuencias. Así, de una tajada se justifican el fin de la política y la legitimación de la acumulación sin límites.

Se puede constatar, según Habermas, una estrecha relación entre neoconservadurismo y postmodernidad, aunque los neoconservadores parecen rechazar la postmodernidad por ser un conservadurismo distinto al que ellos postulan.

"La postmodernidad, es conservadora porque al eliminar la conciencia histórica y afirmar el eterno retorno de lo igual, elimina, también, cualquier esperanza de mejorar la sociedad. El orden establecido y el sistema se toman como un hado frente al que es inútil e incluso contraproducente rebelarse... No hay nada que hacer, por tanto, no hagamos nada" (González, 1991: 181).

No hay, pues, esperanza de cambio. Es, en otra famosa versión de los hechos, el fin de la historia.

Además, la postmodernidad, nos propone desconfiar de todos los discursos, con lo que la política, sea esta de derechas o de izquierdas, es indiferente, todas las políticas y discursos son iguales, las ideologías han muerto. Pero, puede afirmarse que *"mientras los filósofos postmodernos pontifican acerca de la negatividad del poder, los poderes (económicos) avanzan y se exhiben sin pudores ni vergüenzas"* (González 1991:182).

Poderes que legitiman la desigualdad y hacen cada vez menos libres a la mayoría en favor de la absoluta libertad de una cada vez más exigua minoría:

"¿no es esto llevar a su extremo la moral aristocrática nietzscheana? Así, se piensa la ética desde la aristocracia del mundo de hoy. Desde ella, suena de nuevo a falso todo el reconocimiento verbal a la multiplicidad de culturas y pueblos".(...)

"El reconocimiento que los postmodernos hacen a mi historia, mi cultura, etc. desde su primer mundo, suena al reconocimiento de mi derecho y su derecho a seguir desviviendo yo y viviendo ellos. Ellos piensan, quizás con razón, que no vale la pena salir de su presente para un futuro x; pero ¿y nosotros?" (ese nosotros se refiere a los países subdesarrollados desde donde el autor reflexiona sobre la postmodernidad, (Moreno,1995:336 - 328)).

Ante los excesos postmodernos, ¿todo vale?, ¿cabe hablar sin referente?, ¿todos los discursos valen igual y son igualmente legítimos y validables?, ¿es igual el discurso o la forma de conocimiento que desarrolla un médico que la que desarrolla un chaman, igual el discurso y la identidad del oprimido y del opresor?.

Cuando se plantean los discursos débiles, la ausencia de seguridades, la ética light, la necesidad de reconocer la diversidad, se puede estar haciendo el juego a discursos nacionalistas excluyentes, a planteamientos segregadores, a planteamientos legitimadores de la opresión y de la desigualdad social.

Bucear y centrarse en la fragmentación, en la nada, en el vacío, obvia la atención a otros procesos y circunstancias que también se están produciendo hoy en nuestro mundo, como los procesos de globalización o el establecimiento de presupuestos universales desde el neoliberalismo capitalista sin oposición.

La postmodernidad se recrea en la fragmentación desde un planteamiento unidimensional, olvidando que estamos también en el tiempo de la globalización, lo que supone desarrollar una lógica de análisis parcial (Munné,1999).

Por otra parte, si las realidades (formas de vida y formas de conocer) son esencialmente diferentes y así hay que reconocérselo, ¿qué principio asegura

la comunicación entre formas de conocimiento y de vida diferentes? ¿o sólo cabe incomunicarse? ¿no hay una serie de principios básicos, una serie de normas fundamentales de convivencia universales que puedan servir de comunicación (Derechos Humanos)?

La postmodernidad puede, también, estar legitimando el individualismo en su vertiente más negativa, individualismo segregador y manipulador, y el nacionalismo negativo ante la ausencia de principios de comunicación entre el uno y los otros y la constatación de que todos los discursos son igualmente válidos.

Este río revuelto también arrastra a la democracia deslegitimándola *“no hay valores absolutos a realizar mediante el diálogo, y por tanto, por medio de la democracia; como no hay un lugar definitivo al que nos dirigimos”* (Vattimo, 1989:15 ctd. Moreno, 1995:318).

La postmodernidad no es ingenua a la política, ni sus consecuencias son inocuas para la vida de las personas;

“Cada experiencia es juguete de su objeto (Rubert De Ventos) ¿Cómo no ver aquí, tras la máscara de la actividad desenfrenada, la pasividad del sujeto ante el mundo? ¿no es éste un discurso de la aceptación, del sometimiento, si se le despoja de toda la pirotecnia verbal que lo enmascara? ¿a qué otra cosa lleva la declaración explícita de muerte para el relato de la emancipación?... Claro que así pierden sentido palabras como justicia, libertad, humanidad, comunidad y tantas otras, ahora relegadas al baúl de los recuerdos” (Moreno, 1995:332- 333).

Con la postmodernidad parece que todo vale, no necesitamos referentes, la realidad no existe.

“La disolución de todas las continuidades, de todos los universales, de todas las unidades, implica, por supuesto, la disolución de la ética; sin reglas generales, sin consenso posible sobre la conducta humana, la ética queda librada a la diversidad de lenguajes, a los consensos regionales y transitorios y en último término al individuo, ética fractal o del fragmento”. (...)

“La imposibilidad de una ética, no ya universal, ni siquiera general, es la imposibilidad de un consenso, diluye la misma posibilidad de “estar juntos”... aunque sea por un rato. ¿Sobre qué base de acuerdo? ¿si no hay hombre ni en mí individuo ni en el otro?...Las éticas “blandas” si se las toma en serio, ¿en qué quedan?; La ética del juguete puede ser muy estimulante cuando el objeto del que uno se hace juguete es el prójimo o Dios, pero ¿en qué queda cuando el objeto es el poder o la propiedad? Los débiles, nosotros, no tienen derecho a existir.” (Moreno, 1995: 323- 336)

Por otra parte, la misma postmodernidad que niega principios, criterios y referentes, los utiliza para criticar y de-construir la ciencia positiva y para elevar, por ejemplo, a ciertos autores (referentes) y aportaciones a un lugar preeminente, a veces incluso idolatrado, en su propia forma de hacer las cosas (unos valen, otros no).

La postmodernidad (Munné, 1999) se posiciona contra la jerarquía y la autoridad y, así, crítica a los ídolos pero también crea sus propios ídolos y autoridades (por ejemplo, Lyotard, Baudrillard, Vattimo, Lipovetsky... y, en otro plano, Nietzsche o Heidegger).

Negar ciertos efectos positivos del progreso y de la ciencia positiva es negar una evidencia incuestionable, si realmente desarrollamos esta idea, abogaríamos por volver a la era de piedra o por ponernos en manos de un chaman antes que en las de un médico o por encargar a cualquiera la construcción de nuestra casa o por destruir, incluso, el mismo canal de comunicación que utilizamos para comunicarnos; si se afirma que el positivismo, la modernidad, el progreso han muerto sin más ¿dónde esta la ambigüedad, los claroscuros y la ambivalencia o relativismo que se predicán desde la postmodernidad?.

¿Cómo sin la ciencia positiva, la modernidad y la tecnología, podría haber avanzado la humanidad? ¿cómo se habrían inventado, entre otras muchas cosas el teléfono, la imprenta, la penicilina... ?

¿No nos vale nada del positivismo? Es difícil creer que lo que se postula es un discurso débil desde estos presupuestos más bien “fuertes” y, desde luego, poco ambiguos o relativos. Por qué no defender que el positivismo es una opción más de interpretación de la realidad, tan válida como otras, tan válida como la postmodernidad que, también quiere y pelea por un puesto principal y dominante en el marco de las ciencias, tratando de postularse como la única y verdadera opción, aunque sea a su manera, lo que, implícitamente, la sitúa en la búsqueda de la razón, aunque la razón sea que no hay razón válida (por cierto que, ¿no cabría preguntarse, entonces, si tampoco lo es la postmodernidad?).

¿Por qué no plantearse recuperar lo válido de la modernidad y alguno de sus avances? Los excesos son siempre negativos y llevan a cometer errores de gruesa magnitud, la ausencia de ponderación radicaliza y hace perder el rumbo, evita ver los claro- oscuros y relativizar, dos de las aportaciones, por cierto, de la postmodernidad que, ella misma, parece olvidar al situarse en la nada y en el vacío.

Es necesario reconocer aspectos positivos en el que se erige, e identifica como el “enemigo” positivista, establecer diálogos y comunicaciones para el que, ni los unos, ni los otros, parecen querer estar dispuestos.

La postmodernidad, además, se separa de la realidad, la niega, pudiendo padecer lo que Fromm llamó la alienación filosófica: la separación (por otra parte irresponsable) de esa realidad que niega: *“rehuir lo concreto so capa de purismo, es una forma de escapismo intelectual y dogmatismo inútil”* (Martín Baro, 1983: IX).

La postmodernidad es elitista, es una especie de iglesia para iniciados, sus textos se recrean en la complejidad y en la separación de la mayoría, en el desarrollo de lenguajes crípticos que pretenden ser incomprensibles y lejanos del mundo. Y las élites están, hoy y siempre, ligadas a los mismos principios, a señalar que no todos somos iguales, que no todo discurso es igual, a legitimar y servir a ciertas posiciones de poder e intereses de modo implícito o explícito.

El hedonismo y la felicidad que postula es inmoral:

fundamentos en humanidades

“el “refugio lúdico” que ahora se propone como alternativa a la militancia, no es sino la versión postmoderna de lo que siempre habíamos llamado “torres de marfil”, porque, naturalmente, el hedonismo es privilegio de los ricos del mundo” (González, 1991:182).

Se trata de ser feliz, de pasarlo bien, pero la diversión es, sólo “zum de neón contra la depresión”, o “una especie de mueca en lugar de sonrisa” (Sabina). El hombre está solo en el desierto y le invade un malestar difuso, su vida no tiene sentido, es absurda.

El sujeto postmoderno es frágil, siempre provisional, sin identidad personal, puro maquillaje:

“Vattimo afirma que la postmodernidad lleva a cabo una cura de adelgazamiento del sujeto, yo me temo que se le ha ido la mano en la cura y que el sujeto ha adelgazado tanto, que ya es imposible verle” (González, 1991:185).

Con un mundo como el que hoy tenemos, repleto de injusticia y desigualdad, parece irresponsable negar la realidad y destruir cualquier principio comunicador.

Por otra parte, la posición más cómoda ante cualquier situación, es la de criticarlo todo, la de andar apostado, parapetado, esperando para destruir, de construir, criticar, eliminar... como parece hacer la postmodernidad por momentos.

¿Y qué decir en el terreno socio político de la posibilidad de legitimar, por ejemplo, un discurso racista o xenófobo desde el profundo relativismo moral inspirado en la postmodernidad? Así, el holocausto nazi valdría igual que la obra de Ghandi, el *Main Kampf* sería un discurso tan respetable y válido (en sus opiniones) como cualquier otra obra, lo que permite, por ejemplo, legitimar las teorías revisionistas del Holocausto.

“Afirmar que la perspectiva del torturado y del torturador son visiones igualmente válidas, que después de un holocausto o un genocidio no hay ninguna verdad objetiva a determinar, que la búsqueda de la verdad constituye una ilusión propia de occidentales sujetos a la idea de la representación, constituyen coartadas, quizá peores que las leyes del olvido, la tergiversación del pasado o el silencio histórico... lleva además a la inhibición práctica... y a no intentar búsquedas para averiguar que es lo que verdaderamente sucede en la sociedad” (Reynoso, 1996:58 ctd. Blanco, 1998:18).

El sujeto que surge de estos planteamientos es un sujeto esquelético, en una sociedad raquítica, un sujeto insolidario, una sociedad en la que predominaría el olvido del otro, el olvido del sufrimiento de los vencidos y maltratados por la historia (Blanco, 1998).

Conclusiones

Racionalidad mínima

Necesitamos una serie de acuerdos mínimos que nos sirvan de base para el desarrollo de nuestra tarea investigadora. Señalar la convencionalidad de las construcciones científicas, no es lo mismo que plantear que las mismas sean

arbitrarias, existen atributos objetivos que coartan y limitan, hay métodos objetivos, intersubjetivamente contruidos, unos mejores que otros, unos más plausibles que otros. Para lograr una determinada meta hay unos caminos mejores que otros.

No debemos lamentarnos porque la racionalidad este quebrada, fragmentada, pero esto, no supone ni el relativismo, ni el nihilismo de que todo vale; es pura nostalgia que se piense que se puede volver a las antiguas racionalidades o seguridades, pero también necesitamos una serie de acuerdos básicos, requisitos mínimos para hablar (Burillo, 2000).

Así, partimos de un mismo punto con respecto a la postmodernidad: el cuestionamiento del modelo científico positivista, la creencia de que existe un método único y general que proporciona certeza absoluta y conocimientos universales, la verdad vista como algo descubrible y representable.

Pero, creemos que estos descubrimientos, estas críticas que destruyen certezas, llevan también, como hemos tratado de mostrar, a ciertos excesos, parece que todo vale y que puede afirmarse cualquier cosa sin criterio y sin referente.

Lo positivo de la postmodernidad es que, los profundos cuestionamientos que la misma establece de los principios positivistas y empiristas permiten la aparición de otras formas de conocimiento, otras metodologías, otros planteamientos...

La postmodernidad, además, invita a una reflexión profunda de cómo hacer ciencia, de cómo investigar, de cuál es el valor de lo que investigamos, de los postulados que planteamos; nos apea de la peana, casi divina, de la científicidad transcendental objetiva e inmutable, nos sitúa en la duda, en la consideración del ambiente, de lo cualitativo, de lo subjetivo, de la influencia del investigador y su posición e historia de vida.

Hoy, nos encontramos ante el retorno de la complejidad, la incertidumbre, la imprecisión, el retorno a la visión de la realidad como caótica y, al tiempo, ordenada, regular e irregular, contradictoria, discontinua, no lineal, no predecible; es la constatación de que la realidad es compleja y que lo igual y lo diferente pueden convivir (Munné, 1999).

La razón debe asumir la ambigüedad, la realidad es, ahora, multivocal y dialógica, la ciencia tiene un carácter subjetivo y reflexivo, no existe una verdad unívoca, ya no tenemos que preocuparnos por buscar un paradigma válido sino que podemos transitar por varios.

Se desvela que el positivismo oculta, tras su supuesta mampara de objetividad neutral, los intereses a los que sirve, oculta la política y la moral, el poder y las luchas por el mismo que se desarrollan dentro de la comunidad científica.

Pero, también, cabe decir que, lo mismo, tiene sus límites cuestionadores en el horizonte de la validez de investigar y profundizar en el conocimiento a partir de juegos de lenguaje que consideren la realidad y la estructuren

ordenadamente; sacando consecuencias para seguir adelante partiendo, en todo momento, de la necesidad de responsabilizarnos de nuestra investigación y de las consecuencias que la misma genera.

A partir de la apertura crítica que suponen los planteamientos postmodernos, podemos recuperar, por ejemplo, la vieja concepción marxista de que las condiciones materiales determinan la conciencia (entendiendo flexiblemente este principio, pues las conciencias, también determinarían las condiciones materiales).

Lo que existe es independiente de lo que podemos decir y las correspondencias que establecemos son sólo entre palabras, entre convencionalismos pactados que debemos definir con elevada pulcritud y exactitud para no caer en la confusión conceptual.

El lenguaje, lejos de la concepción simplista del pasado, se nos presenta, hoy, como un problema, como algo que nos atrapa y limita (los límites de mi lenguaje son los límites de mi mundo), que nos muestra al tiempo que oculta, que contiene lo verdadero y lo falso del tiempo y que cambia de sentido en función del contexto en que se enmarque.

Pero el lenguaje y su interpretación tiene límites, hay un texto a respetar, un autor del mismo, un intérprete y una comunidad científica de hablantes en la que el texto tendrá sentido.

El lenguaje, por otra parte, puede deformar la percepción de los fenómenos pues supone interpretación de los mismos, lo cual, nos introduce en la necesidad de enfrentarnos al reto de tratar de desvelar los juegos de lenguajes que se estarían empleando en cada circunstancia concreta, así como analizar las posibles condiciones mediadoras que están conduciendo a una determinada interpretación de la realidad.

Sintéticamente, y siguiendo a Burillo (2000), los elementos básicos para una racionalidad mínima serían:

1. Aceptar que el lenguaje es la condición de la racionalidad humana, es la condición necesaria aunque no suficiente del conocimiento.
2. El lenguaje constituye al sujeto y no al revés, no dominamos un idioma sino que el idioma nos domina a nosotros, se dialoga con los congéneres lingüísticos con los que se puede concordar en el lenguaje, con los que se puede jugar al mismo juego de lenguaje, el lenguaje divide pero se puede llegar a acuerdos, se puede conseguir la comunicación; habrá, eso sí, unos juegos que planteen menos probabilidad de interpretación que otros, habrá cuestiones en que será más difícil llegar a acuerdos que otras.
3. La realidad no se agota en el lenguaje, hay un mundo objetivo ontológicamente diferente (algo no aceptado por los construccionistas). Las referencias a este mundo y a la verdad son relativas a un determinado juego del lenguaje y diferentes juegos de lenguaje pueden ser verdaderos pero no todos los juegos de lenguaje o interpretaciones tienen las mismas consecuencias prácticas y por tanto no pueden ser igualmente evaluados o considerados igualmente válidos. No todo el mundo puede hablar de todo, evidentemente hay en juego intereses y poder pero uno necesita saber

- jugar a un determinado juego (por ejemplo la biología molecular) para poder “participar” en él. La discusión racional es aristocrática, de expertos.
4. Nihilismo sin tragedia. Es imposible justificar el lenguaje con el lenguaje, cualquier fundamentación del lenguaje caerá en un círculo vicioso o en un eterno retorno
 5. Aún con todo, podemos hablar, argumentar, siempre faliblemente. Puede haber verosimilitud sin algoritmos, aplicar un algoritmo responde a una serie de concepciones previas... no se trata de ser relativo absolutamente sino de argumentar racionalmente lo que significa hoy argumentar verosimilmente o razonablemente.
 6. La verdad es un ideal regulativo al que nunca se llega y al que sólo nos aproximamos, es objetivo en el sentido intersubjetivo (ponernos de acuerdo en cuestiones); sabemos ya que no hay primeros principios, ni correspondencia con la verdad pero necesitamos contrastar lo que decimos con las consecuencias de lo que planteamos. Hablar no es gratis, tiene costos.
 7. Admitir el pluralismo, lo que no es igual que admitir el relativismo, la verdad misma es plural, es posible decir muchas cosas sobre algo
 8. Asumir la complejidad de las cosas, del mundo. Epistemología de la complejidad, teoría del caos como nuevos juegos del lenguaje que introducen la incertidumbre. Se trata de incorporar la incertidumbre a nuestro repertorio aunque lo mismo nos sea doloroso.

Historicidad, compromiso crítico con la realidad, búsqueda de relevancia social

Será necesario, además, recuperar la consideración del contexto, del ambiente como fuente de variables explicativas ineludibles, situar el contexto socio histórico en que se desarrollan las investigaciones, así como los intereses o valores que llevan a elegir como objeto de estudio, un determinado tema frente a otras posibilidades.

Ir a los orígenes para ser capaces de comprender las cosas en toda su extensión, reconocer que el tiempo y el espacio están determinados cultural, social y políticamente y que según el punto desde el que contemplemos la realidad esta cambiará (con lo que tendremos que tener en cuenta diversos puntos de vista, distintas perspectivas, y no solamente lo que los científicos han señalado, ya que conocimiento no es lo mismo que conocimiento científico; se trata de tener en cuenta a los sujetos y su cotidianeidad).

Es necesario considerar la infraestructura económica, el contexto social, las luchas de poder, en la existencia de, tan sólo, certezas plausibles.

“Se ha dicho que la psicología social es una forma de historia y hay mucho de razón en este punto de vista. Por ello, es necesario situar y fechar el conocimiento psicosocial y no pretender vender como universal lo que es local y parcial, y aún más, es necesario reintroducir la historia en la psicología social, demasiado inclinada a analizar los fenómenos como categorías formalistas y esquemas atemporales” (Martín Baro, 1983:9).

Es posible hacer ciencia siempre que uno sea consciente de los límites de la misma y la complementa con otros acercamientos, debemos conducir con el

coche mientras la carretera sea suficientemente amplia, pero no debemos descartar bajarnos del mismo para comenzar a caminar, lo cual supone, aceptar lo cualitativo y unirlo a lo cuantitativo superando viejas escisiones, introducir el ambiente y el contexto, aceptar la interpretación razonada y que respete el texto (el hecho, el autor, la imagen... lo que sea objeto de investigación), no creer en la magnificidad de lo científico, sino, más bien, sentirse dentro de un determinado juego del lenguaje, buscando verdades plausibles y nunca absolutas.

Contextualizar supone, también, tener en cuenta la ideología como sistema de valores legitimador y ocultador y tener en cuenta los intereses a los que pueden responder las conductas o interpretaciones. La ideología, el poder, deben tenerse en cuenta, su presencia garantiza la capacidad de resistencia, la posibilidad de construir una psicología de la resistencia (Parker, 1999); este mismo autor, nos hablará de la necesidad de desarrollar una psicología no ajena al sentido común, que debe hacer a los sujetos productores de conocimiento, una psicología comprometida con la exploración de las actividades cotidianas, una psicología popular y situada históricamente.

Necesitamos *“desentrañar los intereses sociales agazapados tras el quehacer de las personas y los grupos”* (Martín Baró, 1983:9) porque

“un presente sin pasado, un aquí sin allá, termina por convertirse en una naturaleza positivista de lo dado que cierra las probabilidades para comprender el carácter ideológico de las realidades grupales... al privar conceptualmente de su carácter histórico a los procesos grupales se cierra de antemano la probabilidad de análisis psico- histórico, es decir a un examen de lo ideológico en las acciones del grupo” (Baró, 1989:204-205).

Debemos desarrollar una ciencia comprometida y crítica, develadora, construir una ciencia que contextualice y se presente cercana a la realidad, responsable ética y políticamente.

Necesitamos desarrollar esa indignación ética ante la pobreza y desigualdad que reina en este mundo que habitamos: pobreza, injusticia, alienación, conflicto, desempleo, represión, explotación... indignación de la que hablan autores como Martín Baró o Leonardo Boff. Necesitamos mirar a los hechos, que nos señalan como la mayoría de los humanos viven hoy en condiciones de miseria colectiva y necesitamos comprometernos con objetivos liberadores.

Buscar y desarrollar una investigación con sentido, con relevancia social, comprometida con la realidad práctica, vista como praxis develadora, comprometida con el cambio, de acuerdo con las propuestas de Gergen (la psicología social como aplicada en sí misma), Parker o de la Psicología social crítica.

Prilleltensky, (1999), por ejemplo, aplicará a la intervención comunitaria lo que considera los fundamentos o metas de la psicología crítica: eliminar la opresión y promover la emancipación.

Este autor señalará la necesidad de desarrollar 4 consideraciones circulares para aplicar los presupuestos de la psicología crítica: una consideración filosófica que marque la visión ideal o la utopía; una contextual, que defina el

estado actual de las cosas (identificar condiciones sociales prevalentes); una consideración de las necesidades que se pregunte qué le falta a la gente, con la gente y una consideración pragmática que se pregunte qué debemos hacer para cambiar el estado de las cosas (estrategias de cambio social y acción política).

Todo lo cual significa, en la práctica, pasar del individualismo y la falsa conciencia, al control sobre la vida de uno mismo, de la participación opresora que elimina las diferencias a la participación liberadora que respeta las diferencias y se centra en la elección, del énfasis en los valores tradicionales individualistas a costa de la justicia social, al énfasis en la justicia social, de la definición de los problemas en términos intrapersonales, a la elaboración de definiciones holísticas que tengan en cuenta las dimensiones sociales igual que las personales, de la ausencia del poder como variable de análisis a la consideración del mismo, de la ética profesional centrada en el profesional a la necesidad de que las personas sobre las que se interviene tengan voz y decidan que hacer.

El psicólogo (también el psicólogo social, a pesar de su denominación) con frecuencia, sin embargo, olvida las condiciones sociales o estructurales y se centra, exclusivamente, en el sujeto.

Necesitamos recordar con Martín Baró (1983), que no son los conceptos los que convocan a la realidad sino al revés, recordar el poder claramente emancipador de las ciencias sociales, su papel como ayudantes para la toma de conciencia, su función desideologizadora, de búsqueda del bienestar individual y colectivo y de lucha contra la pobreza o el fatalismo.

Se trata, de apasionarse por la realidad, de evitar la abstracción estéril, de no quedarse en la teoría y acudir a los hechos, de superar la meta de la interpretación y llegar a la transformación, de poner los pies en el suelo y comprometerse en la praxis (Casaldaliga y Vigil, 1992 ctd. Blanco, 1998). Necesitamos elegir el tipo de conocimiento que queremos desarrollar porque somos responsables de lo que hagamos e investiguemos.

Necesitamos partir y enfrentarnos a la ética (Savater, 1995) en el sentido de constatar que no todo vale igual, de que no todo vale, ética y principios que nos confronten con la realidad.

Una ética que mira inexorablemente a la izquierda por criticar lo establecido (Guisán, 1992) y que frente al relativismo absoluto y al mundo de las incertidumbres defiende una moderada intolerancia que señale que no todos los ideales morales, todos los valores son igualmente plausibles o válidos.

“En medio del pluralismo y la superficial tolerancia que nos invade, se hace preciso la profesión de una moderada intolerancia moral (con la tiranía, con la dictadura, con el dogmatismo o el terrorismo por ejemplo), no política, demarcando suficientemente los ámbitos y términos” (Guisan 1992:19). Cierta grado de intolerancia es, así deseable ética y políticamente, no se puede tolerar la intolerancia, ni el dolor innecesario, ni el hambre...

La tolerancia bien entendida no implica que todo valga o que todos los valores sean igualmente válidos porque de ser así, entre otras cosas el propio valor de la tolerancia (frente a la intolerancia, por ejemplo) se esfumaría. Ser tolerante significa plantearse: que existe algún valor que importa o vale más que otros (la tolerancia frente a la intolerancia), uno no puede hacer, ni decir cualquier cosa, se necesitan requisitos y principios formales, sustantivos y materiales (libertad, igualdad) para que se de la tolerancia y la pluralidad democrática.

Así pues debemos partir de una serie de principios éticos mínimos que sean el consenso mínimo sobre el que construir la tolerancia, el consenso mínimo sobre el que construir la comunicación (Habermas), los principios mínimos con los que valorar las consecuencias de lo que planteamos.

Por último, queda referirse a un contexto más pequeño de análisis: la psicología social.

En primer lugar, y partiendo de la ya clásica distinción entre psicología social psicológica y psicología social sociológica abogamos aquí por una psicología social “café con leche” (en expresión del profesor Burillo), o lo que es lo mismo una mezcla entre ambas disciplinas.

En segundo lugar, cabría referirse a un segundo tema clásico y recurrente en nuestra disciplina: la crisis de la psicología social. Cabe recordar, que los elementos que se debatieron en la crisis tienen mucho que ver con los aspectos epistemológicos a los que nos hemos referido en el presente trabajo; recordemos que si algo se cuestiona en la crisis es el dominio del positivismo lógico y sus consecuencias (falta de relevancia social de la disciplina, atemporalidad de los fenómenos, experimentalismo, distancia objetiva entre investigador e investigado, la verdad existe y es descubrible; Montero, 1994:31) así como la preponderancia de los componentes psico sobre los sociales.

Muchos de las cuestiones que la crisis pone sobre el tapete aún andan en discusión.

De la insatisfacción producida por estos planteamientos surgen diferentes corrientes críticas y alternativas entre las que encontramos en la actualidad una especial preponderancia de la psicología política en la que autores como, entre muchos otros, Baro, 1983, Montero, 1994, Kauth, Sabucedo, 1996 o Burillo, 1996 llevan trabajando desde años atrás abogando por (Montero, 1994:31-34):

- ♣ La elaboración de una psicología social de carácter histórico
- ♣ Cercana a la realidad social (incluyendo en ella la cotidianeidad) que orienta los estudios que deben reflejar en especial los problemas sociales
- ♣ Desde una perspectiva dialéctica
- ♣ En la que se concibe la disciplina no como una ciencia objetiva (el método sigue al objeto y no al revés, por lo que esté debe ser generado según la realidad concreta a estudiar, negándose la primacía única y absoluta del método experimental de laboratorio; la neutralidad no es absoluta; es necesario desarrollar métodos alternativos)
- ♣ En la que los hombres son entes activos, constructores de su realidad y deben participar en las investigaciones como tales

- ♣ En la que es necesario incluir el punto de vista de los oprimidos o excluidos, lo que supone no hacer psicología solo del “hombre medio”
- ♣ En la que se debe buscar el cambio social y la relevancia social
- ♣ En la que el conflicto, es parte constitutiva de la acción humana, con lo que debe incluirse al mismo en los estudios a desarrollar. Estudiar, además de la conformidad, la rebeldía y la desviación, no privilegiar la normalidad y reconocer e incluir el interés político.
- ♣ En la que la ideología como fenómeno humano y producto psicosocial debe tenerse en cuenta como fenómeno importante del estudio psicológico, ideología como falseadora, deformadora, ocultadora de la realidad.
- ♣ En la que es necesario estudiar el cambio social como producto de grupos y comunidades
- ♣ En la que es necesario estudiar los procesos de concienciación a través de los cuales los sujetos se hacen dueños de sus propias vidas.
- ♣ En la que debemos incluir la vida cotidiana en los estudios, así como el sentido común.
- ♣ En la que la percepción tiene un carácter engañoso, ya que esta se organiza según interpretaciones mediadas y mantenidas por el lenguaje
- ♣ Y en la que se rechaza la noción de progreso como elemento básico de la psicología.

Estos principios, coincidentes con los anteriormente señalados en un terreno más general pero aplicados acá a nuestra disciplina, son los que se asumen en el desarrollo de mi tarea investigadora y, consecuentemente, al tiempo, transformadora de la realidad en la que vivo ♦

Referencias Bibliográficas

- Alvaro, J. L. - Garrido, A. y Torregrosa, J. R. (1996). *Psicología social aplicada*. Madrid: Mc. Graw-Hill.
- Arendt, H. (1993). *La condición humana*. Madrid: Ed. Paidós.
- Aristóteles, (1986). *Política*. Madrid: Alianza Editorial.
- Descartes, R. (s/d; original:1854). *El discurso del método*. Madrid: Aguilar.
- González Carvajal, L. (1991). *Ideas y creencias del hombre de hoy*. Madrid: Sal Terrae.
- Guisán, E. (1992). *La ética mira a la izquierda*. Madrid: Tecnos.
- Habermas, J. (1997). *Ensayos políticos*. Barcelona: Editorial Península.
- Huerta de Soto, J. (1998). *Intervencionismo económico, corrupción ética y economía de mercado*. conferencia en la Universidad Internacional Menéndez Pelayo.
- Íñiguez, L. (1999). ¿A dónde hemos ido a parar? Comentarios en torno a la psicología social académica en 1998. *XXVII Congreso Interamericano de Psicología*, 27 de junio a 2 de julio, Caracas, Venezuela.

- Jiménez Burillo, F. (1991). *Psicología social*. Madrid: Ed. Académicas.
- Jiménez Burillo, F. (1996). Psicología Política. En Alvaro, J. L., Garrido, A. y Torregrosa, J.R.. *Psicología Social aplicada*. Madrid: Mc Graw Hill. (p.219-253)
- Jiménez Burillo, F. (1998 y 1999). Postmodernismo y psicología social. *Curso de doctorado psicología social*. Universidad Complutense de Madrid.
- Jiménez Burillo, F. (1998, 1999, 2000). Postmodernismo y psicología social. *Curso de doctorado psicología social*. Universidad Complutense de Madrid
- Jiménez Burillo, F., Sangrador, J.L., Barrón, A. y De Paul, P. (1992). Análisis interminable sobre la identidad de la Psicología Social. *Interacción Social*, 2. Madrid: Editorial Complutense. (p.11-44).
- Lyotard, J. (1989). *La condición postmoderna*. (s/d).
- Martín Baro, I. (1983). *Acción e Ideología: psicología social desde Centroamérica*. El Salvador: UCA editores..
- Martín Baro, I. (1989). *Sistema, grupo y poder: psicología social desde Centroamérica II*. El Salvador: UCA editores. .
- Martín Baro, I. (1998). *Psicología de la liberación*. Madrid: Ed. Trotta.
- Mato, D. (1995). *Crítica de la modernidad y construcción de Identidades*. Caracas: UCV Consejo de desarrollo científico y humanístico.
- Montero, M. (1987). *Psicología política latinoamericana*. Caracas: Editorial Panapo.
- Montero, M. (1994). *Construcción y crítica de la psicología social*. Barcelona: Ed. Anthopos.
- Montesquieu, (1987). *Del espíritu de las leyes*. Madrid: Tecnos.
- Moreno, A. (1995). *El aro y la trama: episteme, modernidad y pueblo*. Caracas: CIP.
- Munné, F. (1999). El postmodernismo como pre (texto) y su intento de una psicología postmoderna. *XXVII Congreso Interamericano de Psicología*, 27 de junio a 2 de julio. Caracas, Venezuela.
- Munné, F. (1999). Hacia una nueva visión del sujeto, sentido epistemológico de una psicología compleja. *XXVII Congreso Interamericano de Psicología*, 27 de junio a 2 de julio. Caracas, Venezuela.
- Prilleltensky, I. (1999). Critical psychology praxis. *XXVII Congreso Interamericano de Psicología*, 27 de junio a 2 de julio. Caracas, Venezuela.
- Rodriguez Kauht, A. (1992). *Psicología social, psicología política y derechos humanos*. San Luis: Ed. Universitaria.

- Rodriguez Kauth, A. (1997). *De la realidad en la que vivimos... y otras cosas más*. San Luis: Red de ediciones Universitarias.
- Rodriguez Kauth, A. (1997). *Lecturas y estudios desde la psicología social crítica*. Bs. As.: Editorial Espacio.
- Rodriguez Kauth, A. (1998). *Temas y lecturas de psicología política*. Bs. As.: Editorial Almagesto.
- Rodriguez Kauth, A. (2000). *El discurso político. La caída del pensamiento*. Bs. As.: Editorial Espacio.
- Rousseau, J. J. (1987). *El contrato social*. Madrid: Ed. Alba.
- Sabina, J. (1987). Princesa. *Juez y parte*. Barcelona. Ariola Eurodisc.
- Sabina, J. (1987). Zumo de neón. *En directo*. Barcelona: Ariola Eurodisc.
- Sabucedo, J. M. (1996). *Psicología Política*. Madrid: Síntesis Psicología.
- Savater, F. (1995). *Invitación a la ética*. Barcelona: Ed. Anagrama.
- Seoane, J. y Rodríguez, A. (1988). *Psicología Política*. Madrid: Editorial Pirámide.
- Silva, A. y Aragón, L. E. (1998). La controversia entre lo cualitativo y lo cuantitativo en la investigación social: una disputa estéril. *Intervención psicosocial*, vol 7 n^o 1.(p. 97-113).
- Tocqueville, A. (1957; original: 1835). *La democracia en América*. México: Edición Fondo cultural Económico de México.
- Todd Sloan (1999). *Intervención en el Congreso de la XXVII Congreso Internacional de Psicología de la SIP. 28 al 4 de julio*. Caracas, Venezuela.
- Touraine, A. (1992). *Crítica a la modernidad*. Madrid: Temas de Hoy.
- Vattimo, G. (1990). *La sociedad transformada*. (s/d).